



DEMOCRACIA Y PODER EN LA CIUDAD DE MASAS*

Angel Mercado

Por sus antecedentes históricos, que se remontan seis décadas atrás, el Distrito Federal constituye un espacio de excepción política en el país.¹ La democracia se encuentra en entredicho desde entonces, y la irritación que eso provoca en los habitantes de la entidad ha justificado que una y otra vez se traiga el asunto a discusión.

Este texto, sin embargo, que reconoce la invalidez política e histórica —si alguna tuvo— de ese rezago, se propone abordar la lucha por la democracia desde la perspectiva presente y futura de la Ciudad de México como espacio, en efecto, de excepción, pero no limitada ya sólo a la figura del municipio y la representación formal sino más propiamente al ejercicio del poder.

La democracia en una ciudad de masas como fuerza productiva, se dice, la ciudad debe guardar una cierta proporción con las demás fuerzas productivas de la economía a fin de proceder ordenadamente con las tareas de la reproducción social. Aparentemente un atraso relativo de las ciudades (expresado por la dispersión de pequeñísimos poblados —más de 100 mil en México— sobre el territorio nacional) o un avance desproporcionado de algunas de ellas (conocido como macrocéfalos), vendrían a ser obstáculos para el desarrollo del capital social que obligan al uso ineficiente de los recursos y a las economías.

Pero no es el tamaño de las ciudades por sí mismo sino su facultad para articular los procesos productivos y la reproducción social, lo que determina su relación eficiente o ineficiente con el capital y la sociedad en su conjunto. Tiene que ver esa facultad con las clases sociales, porque depende de un proceso que pone en juego a todas las fuerzas productivas incluidas las que se localizan en el ámbito rural y tiene que ver por tanto con el poder y el ejercicio de la democracia entre dichas clases sociales. La insuficiencia o manipulación de este ejercicio trae como consecuencia las inconformidades de clase.

Tal es la situación, real unas veces y latente otras, que ha privado en el Distrito Federal desde hace casi 60 años. Desde entonces, sin embargo, la ciudad de México

1.- "Un día 17 de mayo de 1928 por 174 votos a favor y 21 en contra, la ciudad de México perdió su Municipalidad". Así termina un documentado trabajo de reconstrucción histórica acerca de *De cómo perdió la ciudad de México su municipalidad sin obtener en cambio ni una democracia de manzana* (título del texto), publicado en el suplemento cultural de la revista *Siempre*. Su autor, Manuel Perló C., sin embargo, hace ver que "ya desde los primeros años de la década de los 90's (siglo XIX), veremos aparecer los primeros signos inequívocos de intervención del gobierno central en los asuntos de la ciudad, intervención que se irá tornando más y más importante con el tiempo".

* Este texto corresponde a la primera parte de un ensayo más amplio que publicó el periódico *La Jornada* en el "Perfil" del 10 de abril de 1985. A su vez el tema de *la ciudad de masas*, en la forma que es aquí abordado, constituye un proyecto de investigación en el que me ocupo actualmente.

ha venido transformándose en sus bases estructurales, con lo que las inconformidades de clase acerca de la democracia también han experimentado cambios o diversificación de puntos de vista.

Además de su crecimiento económico y demográfico, o a consecuencia de éstos, tal vez la transformación más importante ocurrida en la ciudad de México durante esos años sea la masificación de sus procesos sociales fundamentales, trayendo a escena las masas como protagonistas principales de la gestión social que controlan los grupos dominantes.

A juicio de las Naciones Unidas, la ciudad de México es ya la mayor de las ciudades en el mundo capitalista subdesarrollado (también del resto). Las cifras indican que ocupará el mismo sitio en el año 2000, y es posible que no lo pierda por lo menos durante la primera mitad del siglo XXI. Será la nuestra, como otras del Tercer Mundo, una ciudad esencialmente habitada —producida— por las masas. Lo es ya en estos momentos. Una fuerza productiva extraordinariamente desarrollada en lo que hace a su tamaño y papel en la reproducción social del país.

¿Qué significa esto?

Significa que estamos ante una poderosa fuerza productiva que crece multiplicándose por varias veces sobre sí misma; acaso la única con esas características en estos momentos de crisis económica. Pero debido a las transformaciones cualitativas de su interior —se trata de una fuerza productiva poderosa, ciertamente, pero vestida de harapos y protagonizada por los pobres de la ciudad—, se corresponde cada vez menos no ya con el sitio geográfico donde se asienta o con el trazado antiguo de sus calles y barrios sino también con las relaciones sociales y las instituciones que la cobijan, y en eso consiste su verdadera potencialidad de cambio. ¿Qué hacer ahora para enfrentar el futuro de la ciudad de México? Cualquiera cosa, digo yo, menos asustarse o mostrarse desencantados como vienen haciéndolo con mayor frecuencia nuestras élites gobernantes e intelectuales. Volver los ojos hacia el futuro que nos anuncia ya ahora la sociedad de masas. Comprenderla en su esencia revolucionaria. Advertir el extraordinario desarrollo tecnológico que ocurre en las ciudades del Tercer Mundo que, como nuevo capital fijo de inmensas proporciones, producen y gestionan para sí las masas de pobladores. Advertir que ese desarrollo tecnológico terminará por transformar las relaciones sociales vigentes con las instituciones que las materializan. Romperán estas ciudades con el cerco heredado de un pasado casi doméstico, incluidas las costumbres y el pensamiento, para arribar de lleno a la masificación de todos los procesos sociales. Suena terrible para muchos, sumado un sector de la izquierda mexicana, y lo es sin duda, pero más terrible podría ser la desolación colectiva.

LAS CIUDADES MAS GRANDES DEL MUNDO CAPITALISTA SUBDESARROLLADO

(Millones de habitantes)

	1980	2000	1980-2000 (%)
Ciudad de México	15.0	31.0	106
Sao Paulo	13.5	25.7	90
Shangai	13.4	22.6	69
Río de Janeiro	10.6	18.9	78
Buenos Aires	10.0	12.1	20
Calcuta	8.8	16.6	89
Seúl	8.4	14.2	67
Bombay	8.3	17.0	104
El Cairo	7.4	13.0	74
Jakarta	7.2	16.5	128

Fuente: Naciones Unidas, *Patterns of urban and rural population growth*. 1980.

No cabe suponer, sin embargo, que este cambio revolucionario de las fuerzas productivas lleva por inercia una transformación revolucionaria en el orden social burgués. Por el contrario, es posible advertir que el propio capital se apresta ya a alcanzar nuevos estadios de desarrollo y dominio entre las clases sociales, acorde con la masificación, y consiguientemente contra las invasiones en el terreno del poder.² No obstante, ya es poco lo que puede hacer el capital —a pesar de los enormes esfuerzos del Estado— para impedir que sigan levantándose espacios urbanos donde las masas se educan, por el solo hecho de vivir allí, en la ideología socialista. Es éste el principal significado de la masificación en la ciudad de México. Si antes de consumarse el cambio hacia el siglo XXI nos alcanza el socialismo en este país, se encontrará con que ya había sido levantado su espacio tenazmente a manos de las masas.

No son las ciudades de masas, como suelen decir nuestras élites gobernantes intelectuales, una de las mayores catástrofes que registra el siglo XX; son por el contrario, creo yo, los signos del siglo XXI, ya ahora en el presente. Más aún: me parece que hoy día lo que estamos presenciando es un choque cultural entre dos momentos históricos del país que no atinamos a descifrar plenamente.

2.- Debe resaltarse que una parte importante de los procesos sociales masificados en la ciudad y el país, se encuentra bajo el control casi absoluto de las fuerzas reaccionarias. Tal es el caso de la televisión, en particular los programas "24 Horas" y "Siempre en Domingo" que cada noche y cada semana respectivamente, penetran en la conducta de masas.

te, y que en ausencia de una interpretación correcta nos sobrecoje la angustia de lo desconocido o la nostalgia de lo que fue maravilloso y ya no lo es más. Todo parece indicar que en la ciudad de México se han dado cita el siglo XIX y el siglo XXI sin que prácticamente hayamos transitado por el siglo de enmedio. Ingresamos tarde al siglo XX, casi cuatro décadas después, y es el momento en que un rasgo característico del siglo XXI, la masificación, nos alcanza veinte años antes de iniciarse éste formalmente en el resto del mundo. Se nos fue el siglo XX entre las manos, mientras levantábamos espacios urbanos que muy pronto resultaron inapropiados para darle cabida a la masificación de los procesos sociales fundamentales.

Ahora que está ya entre nosotros la masificación de la sociedad, nos domina el desencanto porque la ciudad ya no es la de antes o, más grave aún, nos domina el miedo ante la certidumbre que la ciudad de México alcanzará cuando menos los 30 millones de habitantes al iniciarse el próximo siglo. ¿Cuáles son, entonces, la noción y el ejercicio de la democracia que privan hoy en el Distrito Federal en medio del choque entre estos dos momentos históricos?

Noción de democracia

La noción de democracia que priva hoy en el Distrito Federal, la capital del país, mucho tiene que ver con la posición política, ideológica o de cotidianeidad que guardan los distintos sectores de la población respecto, por ejemplo, a la sociedad capitalista en su conjunto, o a la herencia de la revolución mexicana, o a la coyuntura presente dominada por la crisis; o también, aunque no siempre con especificidad, respecto a la transformación de este espacio de significación nacional en una ciudad de masas. Por esa razón son muchas las apreciaciones que se conocen acerca de la democracia en el Distrito Federal; las hay de claro contenido clasista y las hay meramente de opinión o incluso de indiferencia. Sin embargo, no obstante la diversidad, prevalece en casi todas las apreciaciones la idea de representación democrática y no la del ejército directo. En esto coinciden derechas, izquierdas y centro.

Lo anterior se comprueba recurrentemente en el Distrito Federal, casi siempre con motivo de períodos electorales. Hace dos años, por ejemplo, en enero de 1983, cuando se iniciaba el gobierno del presidente Miguel de la Madrid, y tres meses antes de la fecha en que habrían de renovarse 33 mil comités de manzana en la entidad, la Secretaría de Gobernación dió a conocer un comunicado donde afirmaba que "la vida de la ciudad se ha venido complicando cada vez más, por lo que las demandas económicas, sociales y aún electorales de los capitalinos deberán traducirse en acciones concretas del gobierno".³ Dejaba ver la posibilidad de elegir a funcio-

narios de las 16 delegaciones políticas y así mismo crear órganos de participación plural a fin de mejorar la vida social y cultural de los capitalinos. Anunciaba el secretario de Gobernación que citaría a las organizaciones civiles, sindicales, campesinas, de colonos, padres de familia, académicas y partidos políticos a discutir el asunto.

Parecía que con esa convocatoria se estaba dando curso al pensamiento de Miguel de la Madrid expresado varias veces durante su campaña como candidato a la Presidencia de la República, que más tarde ya en el cargo dejara de lado. "Es indispensable —había dicho el 21 de mayo de 1982— seguir impulsando la real participación ciudadana en el nivel delegacional. Deseamos que la acción de las autoridades sea producto del consenso popular y no facultad discrecional. Para ello necesitamos pensar con audacia y creatividad; necesitamos alejar de nuestra mente esquemas de participación que no encajan ya —en clara alusión a los comités de manzana impulsados por Carlos Hank González, regente de la ciudad durante el gobierno saliente de José López Portillo—⁴ en la nueva dinámica política, económica, social, demográfica y física que nos presenta la ciudad de México".

En esa ocasión hacía un llamado el candidato priista a enfrentar con mente abierta las realidades del presente, satisfaciendo en paralelo —decía— el anhelo de más democracia y más eficiencia. Hemos escuchado —añadía— diferentes opiniones que representan un amplio abanico de opciones, pero no hay todavía consenso suficiente para formular en este momento una propuesta específica. Tenemos que medir con intensidad y profundidad el efecto diferente de las opciones. Actuar sin pensar —concluía— puede conducirnos a lo insensato. Queremos reformas óptimas, no precipitadas; reformas profundas, no superficiales.

Una advertencia hecha a renglón seguido por el entonces candidato, sin embargo, expresaba puntualmente que la democratización del Distrito Federal no incluía a otras que no fueran sus propias opciones. "Los partidos de oposición tienen una posición cómoda y comodina, y pueden presentar propuestas irreflexivas desde el ángulo de la irresponsabilidad. La oposición es cómoda porque se puede comprometer sin riesgo de que le exijan el

4.- El 9 de abril de 1980, a iniciativa del Departamento del Distrito Federal y el Consejo Consultivo del D.F., con fundamento en lo dispuesto por los artículos 44, 45 y 48 de la Ley Orgánica del DDF y 50 de su Reglamento Interior, tuvieron lugar las primeras elecciones de los llamados Organos de Colaboración Vecinal y Ciudadana del DF para el periodo 1980-1983.

Dos meses después, el 7 de junio, más de mil presidentes de las Asociaciones de Residentes —que aglutinan a los comités de manzana— expresaban ante el Presidente de la República: "Este es un día histórico para nosotros... representar la opinión de los millones de habitantes de esa comunidad es una de las funciones más honrosas que pueda desempeñar un ciudadano".

3.- *Uno más uno*, notas de Sara Lovera y Angel Mercado, enero 25 y 26 de 1983, respectivamente.

cumplimiento de sus compromisos públicos, pues se sabe minoritaria. La consulta popular ha sido el medio para que el diálogo fructifique con seriedad, con profundidad, como lo hacemos quienes tenemos realmente actitud revolucionaria y no demagógica".⁵

Por su parte, en ocasión también de la convocatoria que hiciera pública la Secretaría de Gobernación en enero de 1983, los partidos políticos de izquierda manifestaron su interés —una vez más— de crear un frente unitario para reivindicar los derechos democráticos de los capitalinos. Hacían ver que un 25 por ciento de la población en el Distrito Federal ya se encontraba organizada en grupos independientes, y que por tanto se estudiaría la conveniencia de implantar el referéndum en la capital.⁶ Afirmaron que las organizaciones vecinales de entonces representaban solamente a unos 200 mil habitantes —de 10 millones en el DF— y que, en contrapartida, dos millones y medio de habitantes estaban organizados de manera espontánea e independiente. El resto, decía, se encuentra a la deriva. Los siguientes razonamientos constituían un principio de plataforma común: elección directa de un gobernador en el DF, instalación de un congreso local, creación de consejos ejecutivos con representación proporcional en las delegaciones y la instalación de una asamblea constitutiva, plural, con la participación de todos los sectores de la capital.⁷

5.- De la Madrid H., Miguel. *Los grandes retos de la ciudad de México*, Ed. Grijalvo, 1982; fragmentos del discurso sobre "Política, Gobierno y Administración" pronunciado el 21 de mayo de 1982, durante la campaña presidencial.

6.- Para discutir el mismo punto, la LI Legislatura al Congreso de la Unión "convoca —decía un desplegado en las primeras semanas de octubre de 1979— a los organismos de colaboración vecinal y ciudadana, a los partidos y asociaciones políticas, organizaciones sociales, instalaciones de educación superior, agrupaciones de profesionales y en general a todo ciudadano interesado en el tema, a un período de Audiencias Públicas a fin de recoger sus ideas, opiniones y puntos de vista relacionados con la iniciativa de Ley sobre Referéndum e Iniciativa Popular para el Distrito Federal". Nada ocurrió entonces ni después.

7.- Lovera, Sara, *op. cit.* Más o menos los mismos pronunciamientos me fueron expresados en entrevista por dos candidatos de izquierda a la Presidencia de la República durante 1982 (del PSUM, Arnoldo Martínez Verdugo, y del PSD, Manuel Moreno Sánchez; en cambio, podría decirse que por su militancia propia en el movimiento de masas, las declaraciones de la candidata por el PRT, Rosario Ibarra de Piedra, fueron de mayor contenido revolucionario no partidista; *Uno más uno*, 6 y 8 de abril, 16 y 19 de marzo y 23 de febrero, respectivamente. Hoy mismo, durante las primeras semanas de enero de 1985, a dos meses de iniciar las campañas para elegir diputados electorales, los partidos de izquierda vuelven a plantearse el asunto de las alianzas y el de una plataforma electoral unitaria en el Distrito Federal. Al momento de escribir este texto (enero 15) pareciera que el PSUM, el PPS, el PST, la UIC y la Corriente Socialista se encuentran en vías de alcanzar estos propósitos; el PMT, por su parte, con registro reciente, y el PRT, con amplias posibilidades de perderlo, se pronuncian solamente por uno u otro de esos propósitos. Huelga decir que las diferencias, profundas en ocasiones, entre estos partidos, no lo son tanto respecto a su noción de democracia representativa. Debe resaltarse, no obstante, que el PSUM, el PRT y ahora el PMT cuentan coyunturalmente en las urnas con el apoyo de algunos sectores que actúan en el movimiento de masas.

En cuanto a la derecha, su posición respecto a la democracia en el Distrito Federal, fortalecida por las elecciones municipales celebradas en el país durante 1983 y 1984, cuyos resultados en el norte le fueron especialmente favorables, radica en la recuperación del sufragio para elegir a los gobernantes y en la consiguiente instalación de un congreso local de representantes.

Ninguna de estas nociones —centro, izquierda y derecha—, al menos en su discurso, parece reparar en el encuentro de dos momentos históricos que sitúan una enfrente de la otra a la sociedad de individuos-ciudadanos y a la sociedad de masas. Las tres nociones miran más bien hacia atrás que hacia el presente y el futuro para reencontrar la democracia en el Distrito Federal. No les faltaba razón, pues de tiempo atrás viene la anomalía, casi 60 años, pero la democracia formal ya poco se corresponde con la nueva ciudad de México.

Por último, la noción de democracia en las masas —no obstante su participación en las urnas cuando se trata de elecciones para Presidente de la República o diputados federales—, proviniendo ya de las clases populares o las clases medias, es difusa y apolítica cuando no indiferente. Al menos es así cuando se trata de la noción ya muy ideologizada de democracia que reciben estas masas desde su formación escolar y constantemente a través de los medios de comunicación. Su comportamiento, en cambio, es distinto tratándose en la práctica cotidiana.

Ejercicio de la democracia

La masificación de los procesos sociales en México y en el mundo es una realidad que más tiene que ver con las transformaciones que nos lanzan hacia el futuro, que con las reglas de organización social pertenecientes al pasado. Se masificaron ya los deportes, la educación, los espectáculos, la religión, el transporte, las comunicaciones, los libros, el consumo, la cultura, la vivienda, la producción de bienes y servicios, la política, los sindicatos, el periodismo, las historietas, la televisión, el radio, la música, las modas, la vida cotidiana y todo o casi todo cuanto constituye eso que conocemos como procesos sociales.

Ocurrió eso varios años atrás y nadie se alarmó. Por el contrario, se le calificó como signo de progreso, y más todavía, como "socialización" del mismo. Tan cierto, por lo demás, esto último, que de allí proviene el desencanto posterior. Ya era demasiado asistir a una lucha de clase en el interior de las fábricas entre el capital y el trabajo, y por eso resultó intolerable que esa contradicción se expandiera como mancha de aceite ocupando todos los espacios de la sociedad. Pero la masificación de los procesos sociales es en efecto un problema, y acaso una catástrofe como la califican algunos, sólo porque se contraponen a otro proceso inverso que avanza igualmen-

te desbocado: la privatización de la economía y los aparatos de Estado. No es una catástrofe en sí misma.

También ocurrió que se masificaron los procesos de urbanización en el mundo, particularmente en los espacios de la pobreza, y eso nos alarmó tan pronto como tomamos conciencia de su fuerza transformadora. A los mexicanos se nos vinieron encima las imágenes de la invasión. "Teotihuacan y Tula habían sido destruidas por los bárbaros del norte", escribe Fernando Benítez, se sabía con precisión cómo los conquistadores españoles arrasaron Tenochtitlan, se conservaba la memoria de la invasión estadounidense y de la invasión francesa y sin embargo nadie era capaz de entender que, de modo pacífico y casi imperceptible, principiaba (ahora) una nueva invasión o que esta invasión (de masas) debía modificar radicalmente la vida urbana... La masificación para las naciones pobres constituye un drama, una de las mayores catástrofes que registra el siglo XX, quizá superior por su costo de sufrimientos humanos a las dos guerras mundiales. Lo que ocurre en África, en Asia, en América Latina, no ha ocurrido antes en ningún momento de la historia.

Es cierto, los pobres arribaron en masa a las ciudades, y apenas llegaron se dieron a la tarea de levantar con sus manos el nuevo espacio, el espacio de la nueva sociedad, la sociedad de masas. Pero solamente mirando hacia atrás nos puede parecer esto un drama. Insisto: no son las ciudades de masas una de las mayores catástrofes que registra el siglo XX; son por el contrario, en mi opinión, los signos del siglo XXI ya ahora presentes entre nosotros. Que las ciudades de masas dañan el medio ambiente y las formas tradicionales de organización social, comenzando por los recursos y la conducta de los individuos, es cierto, pero eso lo que indica es la ausencia de un marco propicio para su desarrollo. Ni las instituciones ni los espacios urbanos en su estado actual permiten el desenvolvimiento de los procesos sociales en la nueva escala de su reproducción, debido a las limitaciones de la economía capitalista para cubrir las necesidades sociales —hoy masificadas— de vivienda, servicios y equipamientos urbanos de uso colectivo que, como se sabe, sirven de soporte indispensable para la reproducción ampliada de dichos procesos.

Con relación al medio ambiente las limitaciones son también de orden estructural. Se asiste de hecho a la contradicción histórica de las fuerzas productivas con las relaciones sociales de producción capitalistas. En eso consisten las limitaciones impuestas al desarrollo vital de la masificación por la carencia de un marco propicio. Resulta entonces simplista el razonamiento que adjudica a las masas por su sola existencia el daño al medio ambiente. Ocurre que, de un lado, dice Castells, el crecimiento de un cierto tipo de relaciones sociales provoca a partir de un momento dado —principios de los años setenta en el caso mexicano—, una regresión de las fuerzas productivas, una destrucción de la Naturaleza, entendida como el conjunto de medios naturales apropia-

dos por la especie humana para la reproducción ampliada de la propia especie y de sus medios de producción y de vida; mientras que de otro lado, en contrapartida, el desarrollo privilegiado de las fuerzas productivas por sobre la organización social, lleva a una forma regresiva de relaciones sociales que amenazan con la destrucción de la vida social a través de la generalización de la violencia individual y colectiva. Los límites así planteados al desarrollo técnico y a la organización social (es decir, a la masificación de los procesos sociales fundamentales) no son naturales sino históricos. La especie humana, concluye Castells, podría destruir por completo los recursos naturales y las formas de vida colectiva si antes no transforma radicalmente los criterios básicos de su organización social.⁸

En este orden de cosas, la democracia toma significados distintos. Hacer uso de ella o demandar su implantación, según de donde provenga, puede significar progreso o retroceso. En el Distrito Federal esto no acaba por decidirse, entre otras cosas, creo yo, por la inestabilidad de juicio que se tiene frente a una situación que contrapone la democracia formal con la masificación de los procesos sociales.

Tratándose de la práctica cotidiana en el uso de la ciudad, las masas sin saberlo han ido configurando una idea de democracia distinta a la representativa. La masificación de los procesos sociales, por una parte, y por otra la autogestión creciente de estos procesos a que los obliga la crisis,⁹ los acerca más a la idea de democracia directa. Son las masas protagonistas principales de estos procesos mediante los cuales tiene lugar el funcionamiento mismo de la sociedad, es decir el sustento del poder, luego, aunque no lo adviertan conscientemente todavía, su experiencia en la democracia directa los empuja hacia el reclamo del poder. Digo reclamo, porque, aunque protagonistas principales en la gestión de ese poder, ni lo poseen ni lo controlan ni les llegará por sí solo. De hecho como anoté antes, conforme avanza la masificación, un proceso en sentido inverso se le contrapone con igual o mayor velocidad: la privatización de la economía y de los aparatos del Estado; no obstante, también anoté, ya es poco lo que pueden hacer el capital y el Estado para impedir que sigan levantándose espacios urbanos donde

8.- Castells, Manuel. *Ciudad, democracia y socialismo*. Siglo XXI editores, S.A., 1979; pp 34-35. Nos adherimos a este razonamiento de Castells pues refleja con claridad la situación ambiental que priva en la ciudad de México, aunque encontramos un cierto dramatismo en el último párrafo.

9.- Cuando la crisis está presente como es hoy el caso, dominando todas las relaciones sociales, la autogestión de la fuerza de trabajo experimenta un cambio de calidad; de atender esencialmente las necesidades individuales en tiempos de estabilidad económica, pronto se ve obligada a ocuparse de las necesidades colectivas de la fuerza de trabajo, las mismas que por tradición son atendidas desde el Estado y que, por la crisis o por la política económica para administrarla, renuncia temporalmente a ellas.



las masas se educan en la ideología socialista por el solo hecho de vivir allí y participar directamente en la gestión de los procesos sociales fundamentales, *privilegiando el valor de uso por sobre el valor de cambio.*

De lo anterior se advierte que una contradicción nueva entre las clases sociales en la ciudad de México es la que enfrentan la masificación de la sociedad y la privatización de su control. Puede incluso tratarse de la misma contradicción fundamental del trabajo con el capital en escala ampliada, pero de ello no cabe concluir que los protagonistas únicos sean el proletariado y los capitalistas.

¿Quiénes son, entonces, los protagonistas de la masificación y cuál su perspectiva de clase en el ejercicio de la democracia?¹⁰

La masificación de la sociedad, en tanto proceso social producido históricamente, no tiene por efecto el de homogeneizar a todas las clases sociales subordinadas en proletariado, así cumplan estas clases sociales ahora organizadas masivamente con las tareas centrales de aquél: producir plusvalía.

Pero si no tiene como efecto el de convertir a todos en proletarios, sí lo tiene en cambio para reivindicar su proyecto de cambio social, particularmente cuando se trata del sector de las masas más desprotegido. En eso radica el sentido de clase que asumen las luchas urbanas cuando son protagonizadas por las masas populares, incluidas las clases medias y los intelectuales de izquierda, a diferencia de las luchas urbanas emprendidas —y magnificadas con gran eficacia— por los sectores medios y altos de la burguesía. Las crisis económicas, y en consecuencia las crisis urbanas, potencian esa toma de conciencia.¹¹ El sentido de clase, pues, más que obedecer a su condición de asalariadas o de proletariado en sentido estricto, radica en la naturaleza subversiva de las masas frente al orden establecido; es decir, frente a las instituciones de todo tipo mediante las cuales se impone la moral burguesa. Eso convierte a la vida cotidiana de la ciudad, en ocasiones más que en el tradicional sitio de trabajo, en el escenario de aprendizaje y eventualmente de lucha más importante para las masas.¹²

Los protagonistas principales de la masificación, por tanto, son grupos sociales muy diversos que por su condición de edad, clase, sexo, empleo, ingreso, religión, aficiones deportivas, tradiciones culturales, educación,

10.- El razonamiento con el cual intentamos dar respuesta a esta pregunta, sigue las ideas expresadas por nosotros en el apartado de un texto anterior (UAG, *Testimonios I* Conamup, mayo de 1983) intitolado "¿Se proletariza o se masifica la sociedad mexicana?".

11.- Pero una cosa es la toma de conciencia por las masas y otra, muy diferente, son las prácticas sociales de estas masas motivadas por las contradicciones urbanas. Mayores detalles encontrará el lector en el texto mencionado de la Universidad Autónoma de Guerrero.

12.- Esta afirmación obliga a distinguir entre dos tipos de vida cotidiana como escenario de aprendizaje, lucha para las masas; la que se vive en sociedades desarrolladas en las que el tedio y la desesperanza gana terreno, y la que se vive en las sociedades masificadas del subdesarrollo como México donde, pese a la ideologización, ocurre lo contrario.

arraigo, lugar en la ciudad, origen étnico, politización, etcétera, se ven obligados todos los días a utilizar intensamente la estructura urbana de la ciudad de México, transitándola de lado a lado. Cuanto más bajo es el nivel socioeconómico de estos grupos, más es el uso que hacen de la ciudad y mayor asimismo su papel en la masificación; y a la inversa: cuanto más se eleva el ingreso de las personas, con las implicaciones de clase que eso conlleva, menor es el uso cotidiano de la ciudad y consiguientemente menor su papel en la masificación.¹³

Así, los protagonistas principales encuentran motivos de mayor cohesión —e inconformidad— cuando enfrentan a diario las respuestas que el orden establecido o la moral burguesa (a través de instituciones como el gobierno, los patrones, la iglesia, la familia, etcétera) ofrecen a los jóvenes, a las mujeres, a los ancianos y a todo cuanto constituye la organización capitalista del trabajo, la urbanización, la cultura y la vida cotidiana de la ciudad. La opresión que reciben las masas al utilizar intensamente la estructura urbana, por tanto, no proviene ni de su tamaño —con más de 16 millones de habitantes hoy día— ni del estado de excepción que priva en el D.F. respecto a la democracia representativa, sino muy concretamente del impedimento para apropiarse de los procesos sociales que ellas protagonizan pero no controlan. Imaginarse que esto podría ser distinto sitúa a las masas en una perspectiva de clase no propiamente proletaria frente a la opresión urbana de la sociedad capitalista y al ejercicio de la democracia en el uso de la ciudad. Esa posibilidad las acerca más hacia la democracia directa y la autogestión del territorio.

Conclusión

La redacción de este texto estuvo pensada desde el principio en términos afirmativos, como si se tratara de un asunto cuya presentación —aunque discutible— no requiriera de mayores apoyos documentales para fundamentarlo. Casi como una conclusión en sí mismo. Interesaba situar en la polémica la idea en su conjunto, aunque no se contara con todos los elementos que le dan cuerpo. Es obvio, por tanto, que no hay lugar todavía para conclusiones; antes habría que proceder con la fundamentación del caso y el consiguiente cambio en las aseveraciones.

Sin embargo, interesa destacar que la ciudad de México es el sitio donde la sociedad mexicana en su conjunto enfrenta ya el desajuste entre una organización social de individuos-ciudadanos heredada del siglo XIX, y una masificación de los procesos sociales fundamentales que apunta hacia la nueva sociedad de masas, propia según se ve del siglo XXI. De cómo se canalice —o resuelva— este desajuste parecen depender otras decisiones importantes que tienen que ver con el ejercicio del poder y la democracia entre las clases sociales y viceversa. ■



13.- Resulta evidente que el uso de la ciudad ante los grupos sociales es *distinto* en el capitalismo pues distintos son los propósitos y las oportunidades para acceder a ella, pero la diferencia relevante en las grandes ciudades radica ahora en la intensidad con que es utilizada la estructura urbana.